

y 20 de fondo y al revés, 20 en el primer sentido, y 60 en el segundo. Suponemos que la primera formacion seria la de batalla, y la segunda la de marcha ó de columna. Cuando se veia un escuadron amenazado por todas partes de caballería, formaba el cuadro verdadero, bien de terreno, bien de hombres, segun las circunstancias. Los piqueros se consideraban como la infantería de línea; los arcabuceros formaban regularmente en los ángulos del escuadron ó en sus filas centrales, haciendo fuego por encima de los primeros que se bajaban un poco en el acto de hacer la puntería y los disparos. Tambien se componian por lo regular de arcabuceros las tropas de vanguardia.

Para saber la poca eficacia de esta arma arrojadiza nos basta leer en Sandoval, que en la batalla de Pavía, hubo soldados que dispararon hasta diez tiros durante la batalla. Y no podia ser otra cosa con un arma tan incómoda, tan pesada, que era preciso apoyar sobre una horquilla para hacer bien la puntería, necesitándose además la mecha para dispararla. En las relaciones de conduccion del material de guerra, se hace mencion de carros de pólvora y carros de *balas ó pelotas* como entonces se llamaban, lo que dá á entender que no se conocian los cartuchos. Los soldados llevaban sin duda por separado entrambas cosas. El mismo historiador en la relacion de la batalla ya citada, nos dice que los arcabuceros españoles para cargar con mas velocidad, habian tomado la precaucion de meterse las balas en la boca.

La caballería se dividia en pesada ú-hombres de armas, y ligera. Los primeros iban armados de todas armas, de casco, coraza, espada y lanza. Los segundos usaban por lo regular arcabuces, y si algunos llevaban coraza iban sin rodela. La caballería formaba cuerpos de 400 á 500 hombres.

En cuanto á la artillería, ya se habia conocido su grandísima importancia de mucho mas antiguo. En la construccion de sus piezas, entraba á par que el interés

de la defensiva ó la ofensiva, el amor propio y orgullo de los príncipes. Era la construccion de los cañones objeto de un gran lujo, y los reyes rivalizaban sobre quién los tendria mas largos y de mas calibre. No hay mas que ver las molduras, los adornos con que se han querido engalanar estas máquinas de destruccion, para hacer ver la importancia que se daba entonces á un objeto que hoy parece secundario.

Eran de enorme tamaño y desmesurada carga ciertas piezas que con el nombre de bombardas ó lombardas se emplearon á principios del siglo XV en el sitio de Balaguer y de Setenil, en el reino de Granada. A mediados de aquel siglo, hizo un gran papel en el sitio de Constantinopla un cañon monstruoso que llevaba consigo Mahoma II, como el instrumento mas eficaz de su conquista. Tenia 12 palmos de circunferencia; calzaba una bala de piedra de seis quintales, y era su alcance de una milla. Era tan tremenda su explosion, que para evitar sustos se avisaba antes de ponerle en juego con objeto de probarle. Tiraban de el treinta carros con sesenta bueyes. Iban delante 250 obreros allanando los caminos por donde transitaba, y para andar 150 millas fueron precisos cerca de dos meses. Un cañon mas considerable todavía se conservaba ó se conserva en el castillo de los Dardanelos. Calzaba una bala de quince quintales, y la arrojaba á la distancia de 600 toesas.

En la ciudad de Baza se hallaron 40 piezas abandonadas por el enemigo. La mayor tenia 11 pies y 10 pulgadas de largo y 20 pulgadas de diámetro en la boca. Estaba compuesto el cuerpo, de barras de hierro colado de dos pulgadas de espesor, unidas unas con otras como las duelas de una cuba sujetas con aros ó cercos tambien de hierro que servian para darle consistencia. Las piezas mas largas tenian treinta de estos aros, y diez las de las mas cortas dimensiones.

Se daban á estas piezas nombres diferentes, sacado la mayor parte de ellos, para indicar el terrible efecto de

sus tiros, de ciertos animales mas conocidos por dañinos. Asi habia cañones *basiliscos*, *dragones*, *sierpes*, *culebrinas*, *falconetes*, segun sus dimensiones. Tambien se conocian los nombres de pasavolante, ribadoquin, jeringa, cerbatana, buzano, esmeril, esmerilejo, etc.

El arcabuz fue la última pieza de fuego inventada por aquellos tiempos; es decir, que se fueron achicando tanto los cañones que se hicieron una arma individual; mas el número de las de fuego era entonces sumamente escaso con respecto al de las picas.

La artillería aunque ya usada á últimos del siglo XV y principios del siguiente, como arma de campaña y de batalla, no entraba como dotacion fija y arreglada de un ejercito, segun se practica en los actuales. Se tenia en mas ó menos cantidad, segun los posibles y las circunstancias. La de Carlos V en las primeras guerras de Italia fué sumamente escasa con respecto á la del rey de Francia. No presentó en la batalla de Pavia mas que cuatro piezas, tomadas desde un principio por los enemigos, mientras las de estos eran treinta, que con todo el resto del material cayeron al fin en nuestras manos. Mas si Carlos V tenia en Italia tan poca artillería, no sucedia lo mismo en España donde habia un tren de ella formidable. El lector no verá con disgusto copiada aqui la relacion que hace Sandoval de las piezas que seguian al emperador en su entrada en Valladolid, en 1522 á su regreso de Alemania.

« 28 falconetes de á 16 palmos cada uno de largo; 4 de ellos de medio adelante rosqueados y con las coronas imperiales, y los 24 restantes ochavados todos. Por la boca de cada uno cabia un puño grande. Cinco pares de mulas tiraban de cada uno.

« 18 cañones de 17 1/2 palmos de largo y la boca i de un palmo. Los 12 de estos eran con flores de lis. aban de cada uno ocho pares de mulas.

« 16 serpentinás de 11 palmos de largo y de boca mo. Tiraban de cada una 22 pares de mulas.

« Una bombardá de 10 palmos de largo y 2 de boca, tirada por 30 pares de mulas.

« Un trabuco que decian *magnus draco*, con una cabeza de serpiente á manera de dragon con el rey D. Felipe I, dibujado en él con sus armas reales: tenia 26 palmos de largo y 1 de boca, y tirado por 34 pares de mulas.

« Dos tiros famosos, llamados el pollino y la pollina, de 16 palmos de largo, y 1 1/2 de boca, tirados cada uno por 34 pares de mulas.

« Un tiro llamado Espérame que allá voy, de 17 palmos de largo y casi dos de boca, tirado por 32 pares de mulas.

« Dos tiros llamados Santiago y Santiaguito de 26 palmos de largo y 1 de boca, llenos de flores de lis con las armas francesas. Tiraban de cada uno 36 pares de mulas.

« Un tiro donde venia el emperador dibujado con las armas de sus reinos de 16 palmos de largo y 1 y 1/2 de boca, tirado por 34 pares de mulas.

« Un tiro nombrado el Gran Diablo de 18 palmos de largo y 2 casi de boca. Tirábanle 38 pares de mulas.»

« 74 piezas por todo, con mas 9 montajes de respeto, arrastrados por 7 pares de mulas cada uno; de modo que el total de mulas era 2128, y el de carreteros para guiarlas 1074. Ademas venian hazadoneros para componer los caminos. En Santander quedaban de municion y pelotería (pólvora y balas) mas de 1000 carros. La marcha del tren era conforme al órden que vá escrito, y el todo era precedido de la guia, que era un caballero en un caballo blanco que iba eligiendo el camino.»

Por aquel tiempo, es decir, en la primera cuarta parte del siglo se habian establecido en España fábricas de pólvora y las famosas fundiciones de Málaga y Sevilla. Desde la misma época tuvo un jefe particular la artillería de España. A veces habia un director particular para la artillería de los estados de Flandes, y otro para los de Nápoles.

Por entonces ya habia tenido lugar la invencion de las minas que se debe al español Pedro Navarro, y fueron ensayadas por primera vez delante de la isla de Cefalonia sitiada por las armas de Gonzalo de Córdoba. Mas tal vez no hay en esto bastante exactitud, y habrá comenzado en otra parte su uso, aunque siempre fué en las guerras de Nápoles. Pedro Navarro empleó las minas con igual felicidad en los sitios de Castellnuovo y del Vovo, castillos que se rindieron á nuestras armas en la segunda guerra despues de la vuelta de Gonzalo á Nápoles.

Las minas inventadas por Navarro fueron las de pólvora, pues sin ella ya se usaban antes. Se hacian galerías subterráneas que apuntaban con maderos á que se daba fuego, para que la fábrica construida sobre aquel terreno se desmoronase. Mas este proceder debió de ser muy lento y de muy poca eficacia, comparado á la terrible voladura de una mina.

El ramo de ingenieros estaba probablemente unido al de artillería, ó por hablar mas propiamente, no componian los dos mas que uno solo. La voz *ingenio*, aplicada á toda máquina grande de batir, lo indica suficientemente.

En cuanto al ramo de los sitios, estaba en aquellos tiempos muy atrasado con respecto á los demas que constituyen el arte de la guerra, por ser sin duda el que exige mas método, mas exactitud, mas orden en las combinaciones. El descubrimiento de la pólvora, que aumentó sin duda los medios de ataque, no produjo desde un principio un cambio sensible en los de la resistencia. Las fortificaciones permanecieron en el mismo estado en que se hallaban en los tiempos anteriores; es decir, que la invencion de aquellas terribles máquinas de batir que arrojaban moles de un empuje irresistible, no hicieron aumentar el espesor de las murallas. Sin duda no correspondia el acierto de los tiros á la fuerza de los proyectiles, y la mayor parte de estas máquinas eran mas aparatosas que eficaces. Los sitios eran lentos, y por muchos

medios que se empleasen tanto en el ataque como en la defensa, lucia mas en ellos el valor y arrojo del soldado, que la habilidad del ingeniero. La mayor parte de las plazas se tomaban por asalto, empleando siempre el medio de las escaladas. Contrayéndonos á las épocas del siglo XV y mitad del XVI, veremos la confirmacion de aquesto mismo. Duraron mucho en proporcion los sitios de Balaguer, Setenil de Baza y otros mas puntos fuertes del reino de Granada, que cayeron á fines del siglo XV en poder de nuestras armas. Granada misma le resistió mas tiempo del que debia esperarse del numeroso ejército que la asediaba. Tuvo que retirarse el ejército francés en su expedicion de Navarra delante de los muros de Logroño, que no pasaba por una plaza fuerte. Ni pudo Próspero Colonna en las guerras de Italia entrar en Parma, ni los franceses apoderarse por medio de un sitio, de Milan, despues que la ocuparon nuestras armas. Entró prisionero en los muros de Pavia el rey Francisco I, que dos dias antes la asediaba, y un año despues tuvieron los franceses que renunciar á la toma de Nápoles, con que se habia lisonjeado tanto tiempo. El mismo Carlos V tuvo que retirarse de los muros de Marsella con harta pérdida y trabajos, renovándosele la misma desgracia algunos años despues, delante de Metz, á pesar del ejército formidable que mandaba. Muchos ejemplos mas de aquella época nos harán ver lo superior que era la defensa de las plazas al ataque, y que el arte de usar bien las terribles máquinas que contra los muros se empleaban, no correspondian á su descubrimiento. La artillería estaba casi en mantillas, comparada con el gran desarrollo que recibió en los siglos posteriores y la perfeccion á que ha llegado en nuestros tiempos.

El sitio mas célebre en el reinado de Carlos V fué el de Rodas, por lo formidable del ataque, por lo heroico de la resistencia, por el carácter de las dos partes contendientes, por los efectos importantes que produjo. El

lector nos permitirá que consagremos unas cuantas páginas á lo que las ha merecido tan brillantes en la historia. Estaban desde el año de 1318 los caballeros de San Juan en posesion de aquella isla, cuya situacion les daba medios de empeñarse en correrias muy felices contra los infieles. Era la órden rica y poderosa, y podia pasar por una potencia marítima, siempre armada y siempre en guerra. Debió pues de ser un objeto de ódio y terror para los turcos que ya comenzaban á dominar en el Mediterráneo. Despues de haberse hecho dueño de Constantinopla, extendió Mahoma II sus armas victoriosas á la Grecia, y se aposeñó de varias islas en el archipiélago. Por los años de 1480 cayó con su armamento formidable sobre Rodas, siendo gran maestre de la órden Pedro de Aubusson que hizo su nombre célebre por esta circunstancia. Fué este uno de los sitios mas obstinados y sangrientos, comparable solo con el que tuvo lugar algunos años despues, y que luego vá á ocuparnos. Eran muy numerosas, muy escogidas las tropas del Sultan, tan inclinado, tan ansioso siempre de presentarse con un formidable tren de artillería, y aunque el mismo Mahoma no acudió personalmente, sabian bien sus generales que era preciso vencer ó perecer en la demanda. Fué grande el empeño de los jefes, el arrojo de las tropas que embistieron. Varias brechas abrieron sus cañones; mas de una vez subieron al asalto hasta llegar á alojarse en una de sus torres; mas fueron superiores á tanto denuedo el valor admirable y la constancia de los caballeros, cuyo gran maestre se condujo en todas ocasiones como gran capitán y gran soldado. Al fin se cansaron los turcos de tan obstinada resistencia. Desmayados con las penalidades de tan largo sitio, con las enfermedades que se manifestaron en el campo, volvieron á embarcarse; mas el gran Señor no pensaba en otra cosa que en salvar el desaire de sus armas cuando le cogió la muerte en sus proyectos. *Era mi designio sujetar á Rodas*, fué una de las pocas cosas que mandó Mahoma se escribiesen sobre su

sepulcro. No se podia hacer del valor de los caballeros de San Juan un elogio mas magnífico.

Los dos sucesores de Mahoma no renovaron las hostilidades en en la isla. Bayaceto II no era un gran guerrero, y el breve reinado de Selim I se empleó particularmente en la conquista de la Siria y del Egipto. Soliman II, sucesor de este último, heredó su carácter ambicioso, y si no fué tan sanguinariamente feroz, estaba dotado de mas inteligencia. Subió este príncipe al trono, con muy corta diferencia, cuando Carlos V; ya hemos visto cuánto figura por su poder, por sus conquistas, por sus relaciones con los príncipes cristianos entre los principales personajes de la época. Mereció este sultan el nombre de legislador entre los suyos por las reglas que estableció en la administracion, por la observancia de las formas de derecho y de justicia: en la cristiandad se le conoció, como sabemos, con el dictado de magnífico. Era un coloso, como ya hemos observado, el imperio otomano en aquel siglo. En menos de doscientos años habian pasado los sultanes turcos de emires ó simples jefes de una tribu militar á sucesores de los césares de Oriente. Era como la de los romanos la política de los turcos, la conquista. Una série no interrumpida de monarcas guerreros y grandes capitanes habian ensanchado á porfia las fronteras de su imperio. Comenzó Soliman su carrera militar con el sitio y toma de Belgrado, plaza fuerte en la confluencia del Danubio con el Sava, y llave por aquella parte de la Hungría: fué su segunda conquista la de Rodas, y en la que pensaba desde su subida al trono. Varios consejeros quisieron disuadirle de un sitio que con tan infaustos auspicios se habia presentado en tiempo de Mahoma II; mas otros cortesanos trataron de halagar su ambicion, dando elogios á la empresa. Quiso sin embargo proceder por vias de negociacion, exigiendo Soliman de los caballeros de Rodas que se le sometiesen, prometiéndoles seguridad por medio de un tributo; mas tuvo la respuesta, que sin du-

da esperaba, como pretexto de una guerra abierta.

Hacia ya tiempo que veia inevitable esta tempestad Villiers de L'Isle Adam, gran maestre de la orden. Con la anticipacion debida, habia tomado todas las medidas necesarias para poner la plaza en estado de defensa, allegando viveres y municiones, aumentando la artillería, reparando las murallas, mandando arruinar todas las casas de los alrededores, removiendo y allanando cuanto á los turcos pudiese servir de algun abrigo. Todos los caballeros de San Juan recibieron orden de presentarse inmediatamente en Rodas. A todos los principes de la cristiandad se dirigió el gran maestre pidiendo auxilios para una defensa en que tanto se interesaba la Europa entera; mas ninguno de ellos acudió á tan sentido llamamiento. Estaban demasiado ocupados Carlos V y Francisco I en sus contiendas particulares, para consagrar una pequeña parte de sus tropas á un objeto tan patriótico y tan santo. El mismo papa Adriano se mostró sordo á las súplicas del gran maestre, y no quiso desprenderse de tres mil hombres que tenia á su disposicion, por no disgustar al emperador, á cuyo servicio estaban destinados.

Pasó el gran maestre de S. Juan revista á sus tropas, que ascendian á seiscientos caballeros y cuatro mil quinientos soldados de la orden. Con tan escasa guarnicion aguardó la llegada de los turcos, que en mayo de 1522, desembarcaron en número de cien mil, segun algunos, y de ciento cincuenta mil, como afirman otros. No hay duda de que en semejantes casos se exagera siempre el número; mas era de todos modos un armamento formidable.

La plaza de Rodas, capital de la isla de este nombre, se hallaba dividida en ciudad alta, donde habia un castillo, residencia del gran maestre, y ciudad baja en la misma playa del mar en forma de media luna, con un puerto á cada extremidad, y en medio de ellos un baluarte. Estaba ceñida de un doble recinto, con dobles torreones y cinco baluartes en las partes mas débiles y expuestas. Para el reparo de las fortificaciones y la cons-

truccion de otras nuevas, habian trabajado todos personalmente, sin distincion, desde el mismo gran maestre hasta el último habitante, incluso las mujeres. Se sabe hasta qué punto llegan en estos casos el ardor y el entusiasmo, cuando hay un jefe hábil que sabe dar ejemplo. Era ademas aquella, una guerra religiosa en que se trataba de libertar la isla del yugo de los mahometanos.

Desembarcaron los turcos como á unas ocho millas de la plaza que embistieron en seguida; mas fueron sus primeros ataques inutilizados por la artillería de los caballeros. Comenzaron muy pronto á desmayar las tropas turcas por enfermedades, tal vez por recuerdos del sitio anterior donde se habia derramado sin fruto tanta sangre. Quejas y murmuraciones circularon en el campo, y poco á poco degeneró el descontento en abiertos alborotos. Soliman que supo el estado de las cosas, voló á remediarlas, presentándose en el campo. Inmediatamente hizo comparecer ante su persona al ejército sin armas. Despues de arengarle y afear con rostro y acento terrible su conducta, dió orden á los soldados armados que por todas partes los cercasen. Mas tales fueron las muestras de dolor y arrepentimiento de los culpables, que afectó aplacarse el gran Señor y los volvió á su gracia. Desde este momento se restablecieron el orden y la disciplina, pudiendo decirse con rigor que el sitio comenzaba entonces.

Se continuó la trinchera con ardor: la artillería comenzó á jugar de nuevo por una y otra parte. Derribaron los turcos con la suya la torre de la iglesia de San Juan, cuyas campanas servian de señales, y para dominar las fortificaciones de la plaza, construyeron dos caballeros mas altos que los muros.

Referir uno por uno todos los acontecimientos y lances de este sitio, seria prolijo y daria á nuestro trabajo una extension que desde luego no nos propusimos. Todos los choques se parecieron por la furia del atacador, por la admirable constancia, por la obstinacion de la

defensa. Trataron al principio de acometer por varios puntos á la vez; mas fueron repelidos con gran pérdida. Despues reconcentraron sus esfuerzos sobre uno de los torreones llamado de San Nicolás, cuya artillería desmontaron y donde abrieron una brecha muy considerable; mas al marchar al asalto se encontraron con un atrinchamiento que los caballeros habian construido á sus espaldas. Desistieron los turcos del ataque y dirigieron sus baterías contra uno de los baluartes, empleando al mismo tiempo el uso de las minas, por cuyos esfuerzos se abrió una brecha á la que corrieron millares de enemigos. Fueron sin embargo rechazados con notable pérdida. Al dia siguiente renovaron el asalto con fuerzas mas considerables, se apoderaron del baluarte, y ya tremolaba la bandera victoriosa, cuando acudió en persona el gran maestre al frente de unos cuantos caballeros, con cuyo ejemplo se entusiasmaron de nuevo sus soldados é hicieron retroceder á los infieles de lo alto de los muros.

Eran muy frecuentes estos choques en que los turcos salian rechazados con notable pérdida. Ya comenzaba el Sultan á impacientarse, á enfurecerse con tanto revés que comprometia la gloria de sus armas. Ansioso por salir de aquella situacion, convocó un consejo de guerra extraordinario. Fueron algunos de opinion de retirarse; otros, que conocian mejor el carácter del sultan, le aconsejaron que llevase adelante las operaciones. Ordenó Soliman un ataque general, que tuvo efecto el 21 de setiembre. Fué espantoso el choque, general el conflicto entre las tropas de una y otra parte. Presenciaba el combate el Sultan desde una próxima eminencia, y animaba á los suyos con la voz y con el gesto. Peleaba como un soldado el gran maestre, acudiendo con su media pica á donde el mayor peligro reclamaba su presencia. Se presentaron los otomanos en un principio victoriosos; llegaron á verse dueños del baluarte de España; mas experimentaron la misma suerte de otras veces. Repelidos, obligados á retirarse llenos de espanto y de cons-

ternacion, dejaron mas de quince mil muertos al pie y sobre los mismos muros de la plaza.

Basta el simple relato de estos hechos para que aparezca con todo su esplendor el arrojo y valentia que desplegaron los Caballeros de San Juan en aquellos choques memorables. Era un combate á muerte entre rivales de ambicion, de gloria, de creencias religiosas. Combatian los de Rodas por su existencia propia, pues varias veces habia prometido á sus soldados Soliman el saco de la plaza. Por su parte se condujo el gran maestre como jefe digno de estos campeones denodados. Soldado y capitan, á todos daba ejemplo de valor, como de serenidad y constancia. Habiendo sido herido uno de los jefes llamado Martinengo, que dirigia los trabajos de la fortificacion, y estaba encargado de la defensa de un baluarte, se trasladó á su puesto el gran maestre, y allí permaneció noche y dia, mientras aquel estuvo imposibilitado del servicio. Viéndose mas estrechado cada dia, dió orden para que se retirasen á la plaza todos los caballeros que ocupaban los puntos fuertes de la isla y algunos inmediatos; así toda la Orden se hallaba dentro de los muros. Estaba cifrada su esperanza en los refuerzos que aguardaba de varios puntos de la cristianidad; mas sus principes no le enviaron nada, y algunos particulares que se embarcaron con socorros, no pudieron llegar á la isla por varios accidentes (1).

No estaba mucho mas tranquilo Soliman en vista de tan obstinada resistencia. Llegó en su furor á mandar que matasen á flechazos al general en jefe de su ejército; y solo se pudo templar á fuerza de las súplicas y prostraciones de otros jefes. Cambió el ejército de general, y el mismo gran señor dió otro giro á su política. Le inquietaba mucho la idea del socorro próximo que esperaban los cristianos, por lo que pensaba en empeñar cuanto mas antes otro lance decisivo; pero muy escarmen-

(1) Véase la nota F al fin del tomo.

tado de los anteriores, apeló á la via de las negociaciones, haciendo que llegase á oídos de los habitantes de Rodas que el sultan proponia una capitulacion, en que les dejaba sus haciendas y sus vidas. Un gran número de vecinos, ya quebrantados con tantos padeceres, acudieron con lágrimas al gran maestre, para que entrase en una negociacion que los salvaba de la ruina. Cerró al principio sus oídos el jefe á la proposicion, esperando siempre algun refuerzo; mas intercedieron por el pueblo los patriarcas griego y latino, que residian en Rodas; pues el vecindario profesaba por la mayor parte el primero de los ritos. Por otra parte, se hallaban los sitiados en la mayor extremidad; las obras exteriores, los torreones, los baluartes, á excepcion de uno solo, no eran mas que escombros, y la guarnicion estaba reducida á nada. Por fin, se entró en negociaciones. Tres dias de tregua pidieron los enviados del gran maestre. Los negó Soliman, temeroso siempre de la llegada del socorro, y mandó dar asalto el dia siguiente: mas aunque fueron los turcos repelidos por dos veces, tomaron al fin el único baluarte que restaba. Se retiraron los caballeros al interior de la ciudad, resueltos á defender su último atrinchamiento. Estaba consternada la poblacion, y se escuchaba ya la trompeta de la muerte. Cuando volvió á recurrir el pueblo con su clamor al gran maestre. Entonces se decidió este á pedir una capitulacion, cuyos términos prueban hasta qué punto Soliman respetaba todavía un puñado de valientes enterrados entre escombros. Se conservaron por ella las vidas y las haciendas á los habitantes, quedando en el libre ejercicio de su culto; se permitió la salida libre á todos los caballeros de S. Juan, con sus galeras y correspondiente artillería. Todo lo demas debia de quedar en manos de los turcos.

Mientras se ajustaban las condiciones del tratado, se descubrieron unas velas. Los turcos que las vieron los primeros, creyeron que eran los socorros que esperaban los cristianos; mas luego conocieron por los pabellones,

que el refuerzo venia para ellos mismos. Soliman, con medios nuevos de renovar ventajosamente las hostilidades, guardó sin embargo su palabra, y se dió fin al negocio del tratado.

El 24 de diciembre salió de Rodas el gran maestre de l' Isle Adam, al frente de sus caballeros. El dia siguiente entró en la plaza Soliman triunfante; si se podia llamar triunfo tomar posesion de tantas ruinas.

Sabido es que el emperador Carlos V hizo entonces á los caballeros de S. Juan cesion de la isla de Malta, donde se establecieron en seguida. Ya veremos en el reinado de su hijo, que se volvieron á cubrir de gloria en un sitio tan célebre como el de Rodas, y mucho mas afortunado.

CAPITULO VII.

Artes.—Ciencias y literatura en la época de Carlos V.

Se designa el principio del siglo XVI con el nombre de *época del renacimiento*; como si dijéramos, de la restauracion de las artes, ciencias, literatura y demas ramos, que en los buenos tiempos de Grecia y Roma, habian asignado al hombre inteligente y creador tan alto puesto. Pudiera aparecer de esta expresion de *renacimiento*, tomada en un sentido rigoroso, que todas las naciones de Europa se hallaban en un mismo grado de rudeza; que nada se habia debido al genio ni al saber en los siglos que llaman la edad media, ó que en la época del renacimiento no se habia hecho mas que restablecer é imitar, sin que los hombres hubiesen pasado á nuevas creaciones. Analicemos, pues, la idea de renacimiento; veamos á qué altura se hallaban las diversas naciones de Europa en dicha época. Comenzando por Italia, sea que ciertos climas se presten mas que otros al vuelo de la inteligencia; sea que el estado de repúblicas en que vivió aquella region desde tiempos tan antiguos, diese mas campo al ta-